





LOS ARMAOS

HIDALGO, EL TAMBOR ETERNO. EL RUFAR DE LA MEMORIA

José Gálvez Gálvez

FILÓLOGO. MAESTRO Y PROFESOR DE ENSEÑANZA SECUNDARIA

“Esta ciudad, sus calles, sus rincones,
sus jardines, su río y sus tabernas,
forman parte de ti, son todo eso
que algunos llaman patria.”

JAVIER SALVAGO

Al principio, es un rumor de mar, lejano. Se va acercando rotundo el redoble, rompeolas. Esta aliteración abrió mi Pregón de los Armaos que por las caprichosas decisiones que a veces adoptan las Juntas de Gobierno de turno, no se pudo pronunciar en la Basílica. En Fonética, este sonido vibrante múltiple nos remite a la esencia y a la pureza del tambor macareno que se guarda en la figura de un hombre bueno, humilde, sencillo. Don José Hidalgo López. Cincuenta años. Cincuenta madrugadas manteniendo el redoble que indisolublemente está unido a los sonidos puros de la Banda de Cornetas y Tambores de la Centuria Romana Macarena.

Pepe Hidalgo llega puntual a la cita en la taberna. Pertenecer a esa estirpe de personajes populares del barrio que



no necesitan presentación. Son parte del paisaje y del paisanaje. Miguel Loreto, Juan el "hippy", Richard, el Carre,... Hidalgo. "A las dos levantaban los puestos en el *Mercao* de la Feria y nos comíamos los peros y los plátanos *picaos*, estaban en el suelo y los cogíamos nosotros". Decía Don Antonio Núñez "Chocolate" que para cantar por *seguriya* se tenía que haber pasado hambre.

¿Tú has pasado hambre, Pepe?

"Yo, sí", contesta con rotundidad y lo hace con la naturalidad del que no tiene nada que esconder. Lo aciago de la vida centellea en sus ojos cuando recuerda. La picaresca cervantina, Rinconete y Cortadillo en plena calle Parras. "Yo, con otro chiquillo más, cada vez que pasábamos por la tienda que tenía el padre de Enrique Pavón en la esquina con Parras, cogíamos dos o tres sardinas arenques que las

tenía en la calle. Otras veces, mientras le pedíamos lo que fuera, otro levantaba el cristal con un palo y le quitábamos los chorizos." Espero que estos pequeños hurtos hayan ya prescrito. Cuando le digo que no voy a nombrar al propietario de la tienda, dice apresuradamente, "¿Que no por qué? Eso era en la tienda de comestibles del padre de Pavón."

Relata también que "la *Perona* de Argentina trajo unas es-trellitas que se hacían con arroz. Nosotros nos la poníamos en el pescuezo con un hilo y cuando se mojaban se ponían tierne-citas y nos las comíamos".

Las penurias solapadas con la alegría y las risas. Esas risas que acompañaron su devenir, la obligación de tener que trasladarse de casa y de barrio. Calle Castilla. Pasaron también por Luca de Tena "donde hoy está el Hotel, había unos suburbios". Por la Corchuela y por las casitas bajas de Las Letanías. En esa misma barriada le dan ya el piso

donde se asentaron. Pero su vida está ligada al barrio. Barrio hoy añorado. Desaparecido y vendido a la especulación donde han proliferado cocinas americanas, *lofts* y demás zarandajas que no tienen nada que ver con las casas de vecinos. Manos de abuelas que refrescan los ladrillos mozárabes con los cubos de agua como cangilones en sus manos, regando macetas de jazmines, geranios y aspidistras del color verde del antifaz.

...la trayectoria
del tambor
más importante...
comienza con una
lata de cinco kilos
de mantequilla...

Nace Pepe en la calle Relator. Allí crece entre charlatanes del "Jueves", paseos a Miraflores donde los niños macare-nos íbamos por las hojas de moreras y partidos de fútbol en el campo del Hospital. El kiosco de prensa de Emilia del año 29. La balanza de casa Isidro que nunca dejó de funcionar. Las hojas del *ABC* llenas de manteca *colorá* del Bar Plata. Y las tabernas... Casa Sosa, Hermanos Silva, el *Múo*, La Boler-a, La Viña, Vizcaíno. Tabernas ligadas a la acepción más pura y antigua del folklore. Saber del pueblo.

En esa verdad popular que proclama Carlos Colón, Hidalgo es puro romano de la Feria. De ese *decumanus* que empezaba en las palmeras de San Juan de la Palma y terminaba en las palmeras junto al Arco. “A mí me buscaban para los pasitos de las Cruces de Mayo. Mi primer tambor fue una lata de cinco kilos de manteca Arias. Antes de hacerle los agujeros, en las costuras de la lata se quedaba la manteca. En mi casa había una hornilla de carbón. Yo ponía la lata en la candela y al ponerla boca abajo se derretía y yo ponía un *cachito* pan y caía en el pan la manteca.”

La riqueza idiomática de Hidalgo requiere un continuo esfuerzo de transcripción. Su verborrea traspasa los matices, los rasgos fonéticos y léxicos requieren un estudio filológico de altura. Su habla macarena está preñada de localismos representando los registros más puros del habla popular. Pero lo que hay que subrayar es que la trayectoria del tambor más importante y puntero en la historia de las Bandas de Cristo de Sevilla y del mundo, comienza con una lata de cinco kilos de Mantequilla Arias y con los palos que unían las patas de las sillas como baquetas. Magnífico.

“Yo pertenecía al Colegio de la Sagrada Familia, que estaba aquí en San Gil. En ese callejón que no tiene salida”. Le recuerdo que ahí también estuvo la Ciudad de las Muchachos. “Tú también te acuerdas de todo, ¡eh, Gálvez!”, y nos incardinamos en nuestro barrio y en nuestra memoria como una señal de identidad, como un hecho diferencial que nos hace macarenos a *nativitate*. “Después – continúa Hidalgo cosiendo con sus palabras las entrañas del tiempo– me metió mi madre en el Colegio Santa Marina. Había una banda y yo miraba todos los días como ensayaban en el recreo y un día le dije al maestro: —Don Gregorio, yo sé tocar el tambor. —¿Tú sabes tocar el tambor? —Yo sí, yo tengo un tambor. —Bueno, Pues coge la caja. Y ahí empecé yo.”

Había oído hablar en el barrio y a mi tío Miguel de la Banda de los Moritos y yo sé que Hidalgo tuvo sus comienzos en



tan insigne Banda al igual que Ringo, el batería de Beatles los tuvo en The Cavern, la famosa sala en un sótano de Liverpool. Hasta allí nos retrotrae la evocación y la licencia poética de la Literatura. Fusión sin perder la pureza para crecer. “La primera vez que yo salí el día de los Reyes Magos, salí como esta gente de Inglaterra. El gorro llevaba una cinta en medio y cuando se partía, no veas el gorro donde te llegaba. Se bajaba el gorro y había que hacerle dos agujeros como los nazarenos. Si no, no veías.” Eso se llama barbuquejo, Pepe, le apunto entre carcajadas. “¿Barbuquejo?, y luego cambiamos eso por un turbante. Yo parecía Ali Babá. Mi madre me puso pocas esmeraldas en el turbante. Salíamos vestidos de moros. Blancos, con una capa, y llevábamos unas botas. Yo no tenía botas. Y mi madre...” interrumpe la conversación para que la función fática de la Lengua ratifique que el mensaje llegue al receptor. A ustedes, lectores de esta semblanza de quien es historia viva de nuestra Hermandad. “Esto que yo te cuento es más verdad que *tó*”. Y continúa con el relato. “...mi madre pidió *emprestá* unas botas. —Pruébale a tu hijo éstas—. Las botas eran de un 35 y yo tenía un 39. No veas. Los pies no me los sentía. No veas la que yo pasé con las bo-

tas. Eso era el día de la Cabalgata. Y el día 6 nos íbamos a la Plaza Toros, a la *charlotá*, que la hacía Juanito el que vivía en la calle Relator frente a la calle Amargura que vendía puertas y cosas de esas. Un solar de estos grandes que había ahí. Organizaba lo del bombero torero. Nosotros salíamos a la Plaza Toros y allí dábamos vueltas. La gente tiraba caramelos y nosotros los recogíamos con las capas para repartirlo luego en nuestras casas.

Luego, nos hicieron un uniforme que era como militar, como si fuera un *soldao*, pero con un pantalón corto, zapatos y calcetines negros y un gorro con una bolita aquí que se te metía en los ojos. El primer paso que nosotros sacamos fue San Julián, donde yo hice la Primera Comuni3n con el colegio. El Cristo de la Buena Muerte fue el primer paso que yo saqué en Semana Santa. Yo tendría diez u once años.”

Me cuenta Hidalgo que entonces había pocas bandas: la de Pat3n, la de la Polici3 Armada, la Banda del “Tubero”, el ni3o de los peri3dicos de Camas y la Giralda, de uniforme azul marino y donde estuvo cuatro a3os hasta que ve cumplido su deseo de tocar en la Banda de los Armaos. “Zamorano era el Cabo tambor de los Armaos. Estaba loco dici3ndole a Pat3n que me metiera, porque yo no quer3a tocar m3s en La Giralda. O los Armaos o a mi casa. Pero Pat3n no me quer3a porque dec3a que a m3 me gustaba mucho la chusma. Zamorano le recordaba siempre: –Ah3 hay un tambor, el ni3o, el ni3o ese. Trabajando yo en Peinado, se present3 Antonio 3ngel Franco, (el “Melli” para los no avanzados) con Repiso. –“Hidalgo, venimos en busca tuya. ¿T3 quieres salir en la *Madrug3* tocando el tambor? –A cambio de nada, una estampa y con eso me conformo. –Pues esta noche, cuando salgas de aqu3, te vas para all3. Desfil3bamos detr3s del muro y lleg3bamos hasta San Juli3n. Zamorano conmigo hac3a mucho porque le gustaba el rufe m3o una barbaridad. En la calle Tetu3n dec3a: –Ni3o, dale. Adem3s me daba el

Pepe Hidalgo
en estado puro...
Guarda silencio frente
a las injusticias,
y no escucha
la “ojaneta”...

bocadillo que le tra3a la mujer para 3l. Zamorano era un Cabo...” y se besa los dedos juntos en se3al de aprobaci3n de su gran valedor. No obstante, “Yo no aprend3 *n3* de Zamorano. Sin embargo, Juanito, el que trabaja ah3 en los bates, s3 cog3 algo de Zamorano.

Ya me qued3 ah3. Vieron que yo ya no era el *chusmeta* que yo era. Iba serio tocando y hasta hoy. Cog3 mi ropa de Armao y sal3. Era el a3o 68. El Capit3n era el “Melli”. Antes no se recog3 al Capit3n. Se llevaba a su casa. Y lo de las vueltas de ahora en la Bas3lica es nuevo. Antes no se hac3a. Cuando se le tocaba el himno al paso Cristo que ven3a por Don Fadrique, nosotros cog3amos por calle Parras y llev3bamos al Capit3n a su casa de Gonz3lez Cuadrado”.

Es imposible no transcribir palabra por palabra lo que Hidalgo es capaz de recordar. Es una Enciclopedia actualizada de la historia de la Centuria. Cincuenta a3os sin dejar de ajustarse esa gloriosa coraza y el casco alado que nos convierte en heraldos de Esperanza y en custodios invictos del Dios macareno.

Le recuerdo que mi abuela y mi madre le compraban los garbanzos a Juana, la madre del Melli. “Y la m3a, –replica orgulloso–. El Melli, tambi3n estaba all3, con ella. Luego puso un puesto en el Mercado. Vend3a fruta y lechugas”, dice Hidalgo. Yo estoy disfrutando mucho de este ratito.

Toca hablar de la Centuria. Le pregunto si los Armaos han cambiado mucho desde esa 3poca del Melli. Yo ya s3 que s3, pero quiero saber qu3 opina Pepe. “Yo te voy a decir la verdad. Con Antonio 3ngel Franco eran otra cosa los Armaos. Se pon3a en medio de los gastadores as3, con el semblante ese de armao que ten3a, mirando para nosotros con la espada en la mano e íbamos pasando de tres en tres y all3 no se mov3a nadie. Que no se te ocurriera encender un cigarrito

que te echaba a la calle. Luego, la época del Pelao también fue una época buena y con Pepito, buena gente. Pero ya los armaos se han ido *trabucando* un poquito". Y recordamos juntos anécdotas que merecen un trabajo aparte porque la gracia y la guasa nunca fue esquivo a los armaos y ese halo costumbrista y popular siempre nos ha rodeado.

Nos vamos a tener que mover de taberna. Van a cerrar pronto. Decidimos dar la vuelta a la esquina de mi calle Don Fadrique. Coge su moto para acercarla al nuevo establecimiento. Antes, entra en el despacho de la Lotería. "Deme usted quinielas." Revocan en las murallas los sonos de la Banda infantil que ensaya en los jardines del campo del Hospital para los macarenos. Calle Andueza en el antiguo nomenclátor. Se acerca Paco "Letra" y hablamos de esos sueños de niños y del esfuerzo diario acudiendo sin falta a los ensayos. "Algunas madres me tienen en la cabecera de la cama y en la mesita de noche y le dicen a los niños que si no comen o no estudian se lo dicen a Hidalgo."

Se acerca también una madre con su hijo y Pepe se levanta educado y se quita la gorra como se destaca un torero de su montera y me recuerda al personaje de José Álvarez "Juncal" con la misma voz *afillá* de Paco Rabal". El niño se tiene que hacer Hermano. ¿Ha pedido usted el papel?" Pepe Hidalgo en estado puro. No necesita eventos con trajes ni corbatas. Ni dejarse ver en el atrio junto a diseñadores arribistas de moda. Guarda silencio frente a las injusticias, y no escucha la "ojaneta" porque sabe que nunca se puede descubrir el costado donde el Cristo ofrece su llaga más rotunda pues esta ciudad bendita y canalla torna abrazos por dagas agarenas o en nuestro caso, machetes romanos. Frente a la mojigatería de los que creen que "esto" es suyo, él ha luchado por su Hermandad a cambio de nada. Le duelen las cosas.

"Siempre he ido con humildad. Yo no he ido nunca a ponerme una medalla. Ahora se creen algunos que han descubierto la Banda. A la Banda ha habido momentos que nadie le ha echado cuenta. Yo entré con catorce cornetas



y siete tambores con dos bombos. Yo todavía no era Cabo tambor. Fue en el 78. Patón era el Maestro Banda. Luego Borjabad trajo a Paco Gaona. Yo lo conocía mucho antes, porque yo me iba con el camión y lo dejaba dentro del cuartel en República Argentina. Ensayaba con la Banda de la Policía Armada donde ponen los *cacharritos*. Por eso, yo metí el toque de la Policía, que hoy es el toque macareno, modestia aparte, cuidado", dice levantando el índice de la mano derecha, orgulloso de su legado.

Intentamos con el alma y el sentimiento analizar lo que hace tan distinto a ese toque, ese redoble que lo hace reconocible ante cualquier otro." Patón me decía que estaba obsesionado con la Policía y yo le decía a Patón: -Mira, la Paloma se toca así." Pepe entona los compases de la marcha "Virgen de la Paloma" *leeee, le lo leee*, mientras con sus dedos improvisa sobre la mesa el acompañamiento de la percusión. Nuestro amigo común Juan Miguel Vega dijo de él que era



el Charlie Watts de la Macarena. El virtuosismo pasa por Londres, Liverpool, Hispalis, Bab Makrina, Macarena, para la universalidad. “Las Bandas cortan el redoble –continúa entusiasmado– pero nosotros lo hacemos largo” Y esta vez me sumo al compás de la onomatopeya *rrrrrrrun rrrrrrun* para recordar esos tambores que me hacían asomarme a la terraza de mi casa de la calle Don Fadrique que olía siempre

a esa hora a garbanzos con bacalao y a torrijas en tantos Jueves Santos de mi memoria. Porque si la Semana Santa no es memoria, ¿qué es la Semana Santa? Todos los niños y niñas que han mirado extasiados como rufaban esas baquetas sobre el mítico y mágico tambor se han preguntado alguna vez qué tenía de especial. “Las palometas van siempre apretadas. Le cambio las cuerdas y si hace falta, lo desarmo tres veces hasta que me da el sonido. Una vez que me da el sonido, dejo el tambor montado dos o tres días

“Ese redoble
a mí me vino a la mente
y únicamente salió
porque le miré la cara
y Él lo dijo...”

y vuelvo a revisarlo. Yo estoy siempre encima de mi tambor”. Seguidamente, compara sus tambores con otros de la ciudad para afirmar “Nosotros llevamos doce tambores y seis bombos y se escuchan desde donde sale la Pastora hasta aquí. Hay otros que te tienes que arrimar para escucharlos.”

Pepe Hidalgo continúa como cobrador de la Hermandad. Y ronea frente a los *podcasts*, *twitters*, *e-mails* y *hashtags*. Carpeta azul de gomillas y desplazándose con su moto a lugares como la barriada del Gordillo o a pueblos del Aljarafe. “Le dicen a la Hermandad que como no venga Hidalgo a cobrar, se borran.”

Hay un tema muy delicado que hay que afrontar con la delicadeza de quien ha dejado su vida en esto. Le miro a la cara y le digo: “Este Viernes Santo es la segunda vez

que redoblas en las vueltas. ¿Ese redoble significa algo, Pepe?” Y Pepe levanta la cabeza, mira al frente y reflexiona unos segundos antes de contestar. “Quizás este año, sí. Más que el año pasado. Se lo prometí a mi mujer, porque yo no pensaba salir por muchas circunstancias.” Aquí, inevitablemente se desborda la emoción y ya no sabemos por dónde tirar. Sabía que iba a llegar este momento. Me cuenta cosas muy íntimas, fruto de la complicidad de tantos años y que con el permiso de mis Hermanos y Hermanas se van a quedar en mi cuaderno de notas y en mi corazón. Y con los ojos “empercochaos” me confiesa que su mujer le decía: “-Tú tienes que dejar esto”. “Yo creo que mucha gente creía que yo no iba a poder. Que me iba a tener que retirar en Cristo de Burgos o por otro sitio. Es penoso que la gente piense eso. Ni siquiera desayuné. Llegamos aquí y me esperé a que pasara mi Virgen y le di las gracias.” Se expresa dolido, ahora en tercera persona. “Hidalgo hizo el recorrido. Hidalgo va siempre en su sitio. Jamás me han llamado la atención en cincuenta años que he cumplido.” Vuelve a recordar ese redoble que fue puro pellizco con unos movimientos imposibles de muñecas, aunque Pepe lo explica a su manera. “Ese redoble a mí me vino a la mente y únicamente salió porque le miré la cara y Él lo dijo porque si lo tengo que repetir ahora, no me acordaría.” No quiero terminar este reportaje con ese dolor que siente con los olvidos y las componendas. Es un espíritu libre. Se rebela como nuestros vecinos de la Feria lo hicieron al empuñar el pendón verde. Se convierte en un baluarte del pensamiento crítico macareno. Dice lo que piensa. No existen los filtros. “Muchos quieren darme una sillita pa que me vaya a tomar el sol a la Alameda”. Por eso, quiero cambiar el tercio. Y terminamos hablando de sus otras pasiones. Su familia, sus hijos Macarena y José, que también fue a su lado muchos años. De su afición futbolística, que también compartimos por la calle Oriente arriba. Sus pinitos balompédicos emulando a su ídolo Campanal en su faceta de central expeditivo. Como aficionado al flamenco que soy, le pregunto que entre mis amigos pensamos que las cornetas suenan a Caracol y a soleá. Estoy más firme que las cuatro columnas de la *Alamea*, los Hércules y los leones de *jierro* que la rodea...



cantaba mi abuelo asomándose al brocal del pozo de la *jon-dura* y me responde que para él, son de Marchena porque Pepe Marchena era inimitable. Hablamos de muchas cosas, como para escribir un libro porque el personaje lo merece. O al menos, una segunda parte. Pero se dice que nunca segundas partes fueron buenas, así que quiero ir concluyendo con la que manda en nuestros corazones. “Mi madre en la calle Relator desde que yo estuviera en su pecho me enseñó a querer tanto a mi Esperanza como la quiero, y mi Cristo, que se siente orgulloso de tener a esa Madre. Y yo me siento orgulloso de haber estado cincuenta años a su vera cantándole saetas con mi tambor porque no he tocado nada más que para él.” –No dejes nunca de quererla, le dijo su amada y recordada Carmen refiriéndose a la Virgen de la Esperanza. Don José Hidalgo López, curtido en el relente y en la Universidad de la vida. En la dignidad del que sabe con certeza como andar siempre hacia adelante a pesar de los avatares de la vida. Una vida entera dedicada en cuerpo y alma a su Banda de la Centuria Macarena. Gracias, Señor. Un añito más, un añito más. ■